

Con efecto, apenas se extinguió la luz que les hacia vislumbrar un ténue rayo de consoladora esperanza, cuando rugió con mas furia la tempestad. Mientras una parte de la nobleza asistia á los funerales del finado monarca, otra, al frente de sus escuadrones, se arrojaba sobre los cuarteles españoles. Una horrible granizada de piedras y de flechas caia sin cesar sobre los sitiados, desde las azoteas inmediatas. «Pronto pagareis la muerte de nuestro soberano y el ultraje á nuestros dioses,» gritaban por todas partes los

muerte de Moctezuma. Sahagun, dice que estos le mataron; pero sabido es que este historiador oyó la noticia de los mismos mejicanos, quienes no querian pasar por regicidas. Que Moctezuma fué herido por dos pedradas y un flechazo, esto nadie lo niega, puesto que las heridas las recibió estando con sus nobles y sus ministros, que murió de la recibida en la cabeza, es tambien innegable; pues siempre se hallaron á su lado, sus leales servidores. Si hubiera muerto, como dice otro de los enemigos de Cortés, atravesada la ingle por la espada de un soldado español, no hubiera enviado el cadáver al campo enemigo, acusando á sus vasallos de haberle matado de una pedrada. Es extraño que el ilustrado escritor D. Manuel Payno, no haya rechazado en su «Compendio de la historia de Méjico,» escrita para los establecimientos de instruccion pública de la república mejicana, la especie referida. Cierto es que pone lo dicho por unos y otros; pero creo que en los libros elementales seria muy conveniente no poner mas que lo que está admitido por cierto, porque habia pruebas irrecusables de ello. «Moctezuma,» dice el expresado señor Payno, «murió de resultas de las heridas, segun unos historiadores, y segun otros, los españoles le dieron de puñaladas antes de abandonar sus cuarteles, la Noche Triste, arrojando su cadáver á la calle.» Todo esto es inadmisibile y lo rechaza, además de la verdad histórica, el buen criterio. Sabido es, que despues de la muerte de Moctezuma, siguió todavia la lucha por algunos dias. «Queriendo hablar á la gente que por allí combatía, le dieron una pedrada tan grande,» dice Cortes, «que de allí á tres dias murió; é yo le fice sacar asi muerto á los indios de los que estaban presos, é á cuestras lo llevaron á la gente, y no sé lo que dél hicieron, salvo que no por esto cesó la guerra.» Bernal Diaz se espresa así: «Y porque lo viesen como era muerto el Montezuma, mandó á seis mejicanos muy principales y los mas pápas que tenian presos que lo sacasen á cuestras y lo entregasen á los capitanes mejicanos... Y aun con todo esto no cesó la gran batería que siempre nos daban.

guerreros aztecas. «La piedra del sacrificio os espera á todos, y pronto vuestros corazones serán presentados al venerado Huitzilopochtli.»

Nunca los cuarteles habian sido atacados con mas furia que en aquellos momentos. Varios escuadrones, conducidos por sus valientes capitanes, se lanzaron sobre la fortaleza, procurando poner fuego al palacio por varias partes. Los sitiados acudieron á los puntos amenazados, y aunque lograron rechazar á sus contrarios, no fué sin recibir graves daños y heridas. «En vano os defendeis,» exclamaban los de las azoteas: «El rey que hemos elegido no es de corazon débil como fué el de Moctezuma, para que podais engañarle. No os cuideis de los funerales del último sino de vuestras vidas, que dentro de dos dias habrán terminado» (1).

La noche llegó á poner tregua á la sangrienta lucha; pero no á tranquilizar el espíritu de los sitiados. Muerto el único que podia haber intercedido por ellos, comprendieron que era casi imposible salir de la ciudad ni resistir en ella por muchos dias. Los triunfos que en sus salidas alcanzaban; los continuos combates sostenidos á todas horas, rechazando al enemigo; el denuedo que mostraban en la lucha; los sacrificios que hacian; las fatigas y la constante vigilancia, eran inútiles. Cada dia aumentaban sus bajas y crecia el número de escuadrones contrarios: sabian que los puentes habian sido rotos; que las calles estaban cortadas con anchas

(1) «Que ya tenian rey, y que no era de corazon tan flaco que lo podais engañar con palabras falsas, como fué el buen Montezuma; y del interramiento, que no tuviésemos cuidado, sino de nuestras vidas, que en dos dias no quedarian ninguno de nosotros.» — Bernal Diaz.

zanjas, y miraban como segura la horrible muerte que les esperaba delante de los monstruosos ídolos.

Los antiguos soldados de Cortés, acostumbrados á las fatigas, á las privaciones y á una vida de sufrimientos y penalidades, veían cerrarse los horizontes, con tristeza, pero sin desmayar. Antes de entonces habían dado por perdida la vida, ofreciéndola, como dice Bernal Diaz, «á Dios y al Rey;» y aunque temían la muerte, «porque eran hombres,» según el mismo veterano historiador, obedecían gustosos á su valiente general, porque era el único á quien juzgaban con genio y fortuna para vencer los obstáculos. No sucedía lo mismo con los soldados que habían pertenecido al ejército de Narvaez. Habían marchado de la isla de Cuba, mas por las brillantes descripciones que habían oído hacer de las auríferas regiones, clima y ciudades del Anáhuac, que por afán de gloria y espíritu de aventura. Casi todos tenían repartimientos en la isla y una decente posición social. Las lisonjeras promesas de Diego Velazquez y la brillante y seductora pintura hecha del país, les había impulsado á formar parte en una expedición que juzgaron sencilla. Cuando vencidos por Cortés, pensaron volver á sus lares, nuevas y seductoras descripciones del afortunado caudillo, hizo que le siguieran á Méjico. La paz, la riqueza, la felicidad y la gloria, las veían convertidas, desde que pisaron la ciudad, en guerra, en fatiga, en hambre, en sed, en heridas y miserias. Combatidos por la suerte y no viendo otro porvenir que la horrenda muerte que en la piedra del sacrificio les esperaba, lamentaban su necia credulidad y comparaban la tranquila vida de los cam-

pos de Cuba, con el continuo sobresalto y peligro de los cuarteles de Méjico. El despecho se apoderó de ellos al detenerse en estas reflexiones, y maldecían de Cortés, que les condujo al corazón de un poderoso imperio; del país en que no habían encontrado mas que sangre y miseria, y de Diego Velazquez que les indujo á que saliesen de la isla de Cuba donde vivían contentos y felices (1).

La posición de Hernán Cortés era entonces mas crítica que lo había sido en los lances mas comprometidos en que se había encontrado. Combatido con una decisión indescriptible por los ejércitos aztecas, que amenazaban penetrar en los cuarteles á todas horas, y viendo á los soldados de Narvaez descontentos y casi en estado de insubordinación, era de temerse que perdiera su aplomo y sangre fría. Cualquiera otro hombre en aquellas aflictivas circunstancias, hubiera titubeado en sus disposiciones. Hernán Cortés no desmintió en ellas su carácter ni su entereza. Los peligros y dificultades que á otro general le hubieran aterrado, quitándole la acción de obrar, amilanando su espíritu, aumentaban á Cortés la actividad para afrontarlos, el genio para combatirlos, y la energía para vencerlos. En Cortés se reunían las cualidades que pocas veces se reúnen en un solo hombre: la calma para pensar; la actividad para obrar; el genio para crear; el valor y la perseverancia para dar cima á las empresas acometidas. En

(1) «Pues también quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés, y las palabras que decían, que renegaban dél y de la tierra; y aún de Diego Velazquez, que acá les envió; que bien pacíficos estaban en sus casas de la isla de Cuba, y estaban embelesados y sin sentido.»—Bernal Diaz. Hist. de la conq.

aquellos instantes supremos en que habia desaparecido el hombre respetado por los contrarios, no desmayó en nada su espíritu ni se ofuscó su mente. Midió con calma las dificultades que le rodeaban y meditó en los medios de vencerlas.

La permanencia en la capital era ya imposible. Los combates en medio de las calles y rodeados de agua y de trincheras, no podian producir ventaja decisiva y sí sensibles bajas que no se podian cubrir jamás. El número de heridos era crecido, y se carecia de medicinas para curarlos. Pero lo mas terrible, lo mas angustioso era la falta casi completa ya de víveres. El hambre empezaba á sentirse ya, cuando era mas necesario el alimento para reponer las fuerzas y soportar la fatiga. Una mezquina racion de pan de maíz, era todo el sustento de aquellos hombres que estaban obligados á sostener una lucha constante y desesperada (1). Las municiones de guerra se hallaban casi agotadas; y era imposible defender por mas tiempo un edificio incendiado, cubierto de ruinas, que nadie, sino aquellos hombres de naturaleza de hierro, de constancia inquebrantable y de espíritu caballeresco, que formaban al guerrero español de aquella época gloriosa para España, podian haber defendido hasta entonces (2). Pero aunque

(1) «La hambre era tanta, que á los indios no se les daba más de una *tortilla de racion*, y á los *castellanos cincuenta gramos de maíz*.»—Herrera. Hist. general.

(2) Prescott, al hablar de la defensa de los cuarteles, y pintar las criticas circunstancias en que se encontraban sus defensores, dice: «seria imposible defender ya la plaza, que solo hombres de una constitución de hierro y un ánimo como el de los españoles, podian haber defendido tan largo tiempo.»

El historiador mejicano Clavijero, se expresa en los términos siguientes: «No puede dudarse que los españoles parecian ser de fierro, pues ni

hombres fuertes, eran al fin hombres y tenian que desear verse fuera de las calles de aquella extensa y fuerte ciudad llena de puentes levadizos, de cortaduras, de trincheras, de canales y de acequias que hacian casi imposible la salida. Los antiguos soldados de Cortés, sin embargo de anhelar el abandono de la poblacion, esperaban, sin quejarse, las disposiciones de su general, con la serenidad marcial que les distinguia, dejando al arbitrio de su valiente caudillo, cuyo talento, tacto y estrategia conocian, la determinacion que estimase conveniente, no dudando que seria la mas acertada. Pero no sucedia igual cosa con los que habian pertenecido á Narvaez. Estos, que no habia participado de las glorias y prosperidades de Cortés en las Indias, en que la fortuna le sonrió cariñosamente, pedian, con exigencia, que se dejase la ciudad, donde estaban acorralados como miserables reses en el matadero (1).

El caudillo español, á quien no abandonó su presencia de ánimo en medio de las grandes dificultades que se aglomeraron en aquellos instantes, pasó gran parte de la noche meditando un medio de permanecer en la capital, y de librarse del cerco puesto por los ejércitos mejicanos. Salir huyendo de la capital, era perder en un solo dia todo lo que á costa de sacrificios, de batallas, de constancia y de tiempo habia conquistado. Era

cedian al rigor de la hambre, ni á la necesidad del sueño, ni á la continua fatiga, ni á las heridas. Despues de haber empleado todo el dia en pelear con los enemigos, pasaban la noche enterrando los muertos, curando los heridos y reparando los males causados por los mejicanos durante el dia en el cuartel.»

(1) «Fui requerido muchas veces que me saliese.»—Seg. carta de Cortés.

presentarse derrotado y miserable ante el mundo entero; despreciable á los ojos de su rey; á quien habia hecho concebir grandes esperanzas; justificar las quejas de su rival Diego Velazquez y atraerse el odio y las maldiciones de los que le habian seguido. Hernan Cortés no podia resignarse con ese amargo porvenir que le presentaba su ardiente imaginacion. En medio de la furiosa borrasca que le cercaba por todas partes y rugia sobre su cabeza, le alumbraba un rayo de esperanza que alentaba su espíritu. Una idea lisonjera llegó bien pronto á fijarse en su mente. Acariciado por ella, meditó el plan que podia realizarla. Si lo conseguía, la estrella de su fortuna volveria á brillar con el mismo esplendor que antes de que se hubiese visto velada por la negra nube de la lucha. El plan fué dejar libre, por un rumbo, la comunicacion entre los cuarteles y la campiña. Logrado el objeto, podria recibir recursos de gente y de víveres de la república de Tlaxcala, de Cholula y de Huexotzinco. Entonces, combatido el enemigo en el campo y la ciudad, se veria precisado á rendirse, y la conquista quedaba asegurada.

Hernan Cortés, halagado por el pensamiento que acababa de concebir, hizo que se trabajase aquella misma noche en componer las máquinas é ingenios de madera que se hallaban maltratados, con objeto de salir al siguiente dia á dar principio á sus operaciones.

La calle que habia elegido era la de Tacuba, única que conducia á la tierra firme, pues por todos los demás puntos se encontraba la laguna.

Con los primeros destellos de la luz del dia salió Hernan Cortés al frente de una fuerza respetable de españoles

y de tlaxcaltecas, dejando en los cuarteles una guarnicion competente.

Ocho puentes tenia la calle de Tacuba antes de llegar á la tierra firme (1). Todos se hallaban quitados, y el agua que corria por los sitios en que habian estado, era abundante, y ancho el espacio de una orilla á otra. Las máquinas de guerra, llamadas mantas, iban por delante. Segun iban avanzando, se arrimaban á los edificios; y mientras los escopeteros y ballesteros disparaban sus armas sobre los que defendian la calle, otros soldados, seguidos de los tlaxcaltecas, ponian fuego á las casas, obligando á los que las defendian á salir huyendo de ellas. Destruyendo y quemando edificios, llegaron los españoles al primer puente. En él se se hallaban numerosos escuadrones mejicanos, parapetados detrás de una gruesa albarrada de adobe y tierra, colocada en la orilla opuesta. Al aproximarse los castellanos fueron recibidos con una lluvia de flechas y con una tempestad de piedras arrojadas de las azoteas, que iban á dar sobre las máquinas. Mientras estas se arrimaban á los edificios, los cañones desbarataban las trincheras, y á la vez que las casas ardian, los españoles se apoderaban de la albarrada, aunque no sin recibir graves daños.

Cada puente que se ganaba era cegado con los adobes, tierra y piedra de la fortificacion, dejando seguro el paso. Cuatro fueron los puentes que se llegaron á tomar y cegar aquel dia, habiendo tenido que sostener en cada uno, un recio combate.

(1) «Aunque hasta llegar á ella habia ocho puentes muy grandes y hondos.» —Segunda carta de Cortés.